

ISSN: 1130-3743

DOI: <http://dx.doi.org/10.14201/teoredu20142614158>

FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN AFECTIVA EN *AMOR Y PEDAGOGÍA*, DE UNAMUNO

Philosophy and emotional learning in Amor y pedagogía, by Unamuno

Philosophie et éducation affective dans Amor y pedagogía, d'Unamuno

María Ángeles GOICOECHEA GAONA* y Olaya FERNÁNDEZ GUERRERO**

*Universidad de La Rioja. Facultad de Letras y de la Educación. Departamento de Ciencias de la Educación. Edificio Vives. C/ Luis de Ulloa, s/n. 26004 Logroño, La Rioja. Correo-e: *angeles.goicoechea@unirioja.es; **olaya.fernandez@unirioja.es*

Fecha de recepción: enero de 2014

Fecha de aceptación: abril de 2014

Biblid [(1130-3743) 26, 1-2014, 41-58]

RESUMEN

Este trabajo analiza la obra *Amor y pedagogía*, de Unamuno, desde un punto de vista filosófico y educativo. La reflexión de Unamuno sobre los aspectos emocionales del individuo ofrece elementos útiles para su aplicación en contextos de educación formal.

Palabras clave: educación afectiva, filosofía, pedagogía, Unamuno.

SUMMARY

This paper analyzes Unamuno's book *Amor y pedagogía* from a philosophical and educational approach. Unamuno's reflection on the emotional features of the individual provides useful elements to be applied in formal education contexts.

Key words: emotional learning, philosophy, pedagogy, Unamuno.

SOMMAIRE

Ce dossier analyse le roman *Amor y pedagogía*, d'Unamuno, d'un point de vue philosophique et éducatif. La pensée d'Unamuno sur les aspects affectifs de la personne donne des éléments utiles pour leur application dans l'éducation formelle.

Mots clés: éducation affective, philosophie, pédagogie, Unamuno.

¡Sí, hay que saber llorar! Y acaso ésta es la sabiduría suprema.

Miguel de Unamuno

1. INTRODUCCIÓN

La obra de Unamuno se sumerge de lleno en los aspectos más profundos de la existencia humana. Con un original estilo que combina filosofía y literatura, realiza una crítica al racionalismo occidental y promueve otra modalidad de filosofar que surge de lo afectivo y que toma en consideración las dimensiones de angustia, miedo, amor o compasión que experimenta cada ser humano concreto, cada «hombre de carne y hueso».

En *Amor y pedagogía*, su segunda novela, escrita en 1902, aparecen ya esbozados algunos de los que serán los grandes temas de la filosofía unamuniana; a saber, la disyuntiva entre razón y vida, y el deseo de inmortalidad. El presente trabajo se centra sobre todo en las consideraciones sobre el conocimiento y el amor desarrolladas en ese texto, y pone de relieve sus conexiones con las teorías educativas que promueven la importancia de la enseñanza emocional.

La tesis que aquí se plantea es que la crítica de Unamuno a la pedagogía tradicional y su reivindicación de la dimensión sentiente del ser humano ofrece elementos valiosos para reflexionar sobre la educación afectiva y su relevancia para el desarrollo integral de la persona. Partiendo de una noción general de educación y de dimensiones más específicas de la educación emocional, se realiza una propuesta didáctica destinada al alumnado de Educación Secundaria.

2. DIMENSIONES LINGÜÍSTICAS Y DIALÓGICAS DEL CONOCIMIENTO

La filosofía de Unamuno puede definirse como un constante intento de zambullirse en lo que él denominaba «el misterio de la palabra», pues sintió gran fascinación por el lenguaje y sus posibilidades de describir hasta sus últimos matices todos los afectos humanos. Entiende que «una lengua [...] es una filosofía potencial» (Unamuno, 2005, 489). En el lenguaje están contenidas todas las posibilidades de decir lo que todavía no ha sido dicho acerca de lo humano y la existencia: «Las palabras son experimentadas como se experimentan el sufrimiento y el gozo; las palabras nos seducen, nos exasperan, nos conmueven, nos paralizan» (Ferrater Mora, 1985, 103). Partiendo de esta perspectiva, el filósofo es quien logra «elevar a suma potencia las infinitas posibilidades del habla humana» (Ferrater Mora, 1985, 103), y para ello debe explorar todas las modalidades del «ser que se dice de muchas maneras». Estos planteamientos están muy cercanos a los de María Zambrano, que también sintió la seducción que ejercen las palabras. Ambos comparten la idea de que «el alma respira y su respiración es pneumática, en palabras, en metáforas y visiones» (Cerezo Galán, 2004, 201), e insisten en la necesidad de interpretar a través de la palabra —en el caso de Zambrano, mediante lo que ella llamó la «razón poética»— ese latido profundo que subyace a cada existencia concreta.

Filosofar consiste en llevar a cabo una hermenéutica de la vida y los afectos, tematizar las inquietudes más profundas del ser humano y ponerlas de manifiesto, expresarlas para que cada individuo pueda identificarse con ellas y entienda que son algo compartido con todos los demás. Cada ser humano emprende una búsqueda para «encontrarse a sí mismo y para encontrar, con él, a todos los seres humanos que a su vera sufren y gozan» (Ferrater Mora, 1985, 36). Unamuno se toma a sí mismo como referente, indaga en «su yo concreto, personal, viviente y sufriente y se convierte en el espejo en el que el lector puede reconocerse» (Villar, 2007, 241), pues considera que el pensamiento debe incardinarse en la vida concreta y tomarla como fundamento, ese es el único modo de que fructifiquen los intentos de construir un sentido, de entender la existencia individual y descifrar a la vez sus conexiones con lo universal. Es por esto que se ha señalado que en Unamuno están ya anticipados algunos de los elementos que posteriormente desarrollará la filosofía existencialista¹.

El camino del conocimiento, ese proceso del «conócete a ti mismo» que ya estaba inscrito en el templo de Apolo de Delfos, no se recorre a través del monólogo sino que es un itinerario dialógico, tal y como pone de relieve toda la obra unamuniana. El autor dialoga con sus personajes y consigo mismo, desplegando una construcción dialéctica que «representa un juego de discursos diversos que resisten la homogeneidad» (Cardwell, 2000, 50). Desarrolla un modelo de pensamiento

1. De estas conexiones entre la filosofía unamuniana y el existencialismo se ha ocupado, entre otros, FERRATER MORA (1985).

dialéctico en el que, «sin embargo, la contradicción de tesis y antítesis no desemboca en una síntesis superadora y reconstructora a un nivel más alto» (París, 1989, 33), sino que continúa girando en torno al mismo tema una y otra vez. Considera que la realidad es irracional, y por tanto reniega de toda pretensión de construir discursos unitarios sobre lo real. «Es la contradicción íntima precisamente lo que unifica mi vida y le da razón práctica de ser» (Unamuno, 2005, 430). El ser humano es primordialmente irracional, la existencia se da como desordenada y laberíntica, difícilmente reductible a los discursos que intentan dar cuenta de ella. Con respecto a esta cuestión, es indudable la conexión de Unamuno con Nietzsche, que algunos años antes había escrito que «somos una especie de caos» (Nietzsche, 1993, aforismo 224)². La vida no se deja someter a la racionalidad sino que siempre hay en ella dinamismo, diversidad y complejidad que se dejan captar mejor desde una aproximación múltiple y dialéctica.

La existencia es heterogénea y los discursos que la explican, para alcanzar la mayor amplitud y verosimilitud posible, han de ser igualmente heterogéneos. De ahí el estilo unamuniano, caracterizado por el encadenamiento de temas aparentemente inconexos y la quiebra de las estructuras narrativas lineales, pues él «desdeñaba cualquier forma de escritura que exhibiera rasgos como el buen equilibrio y la armonía» (Ferrater Mora, 1985, 110). En contraposición, se decanta por lo discordante y lo que genera extrañeza. Esta propuesta aparece también en *Amor y pedagogía*, la obra que aquí nos ocupa. Por ejemplo, el maestro don Fulgencio recomienda a Apolodoro, su alumno: «Extravaga, hijo mío, extravaga cuanto puedas, que más vale eso que vagar a secas» (Unamuno, 1992, 114). Ese es el consejo que, a través de su personaje, Unamuno da a todos sus lectores: frente a lo convencional y lo establecido por tradición, incita a cada individuo a desarrollar sus propios proyectos y desplegar su individualidad, llegar a ser el que se es, por decirlo con Nietzsche, y tomar plena conciencia del carácter único e irrepetible de cada existencia concreta.

Para Unamuno, el aprendizaje surge de una reflexión anudada a los entresijos de la propia vida, reflexión que se abre luego hacia los otros y que inaugura las posibilidades de entablar un diálogo cargado de amor al prójimo. La filosofía es *philia*, amistad y generosidad que llevan a compartir las propias vivencias con los demás. Esta construcción colectiva del conocimiento hunde sus raíces en el platonismo que, como es sabido, considera que el modelo dialógico es la forma expositiva más apta para problematizar la realidad y dar cuenta de las múltiples perspectivas que caben con respecto a ella. Los diálogos platónicos combinan las argumentaciones lógicas con los mitos sin que ningún elemento tenga primacía

2. Julián Marías ha analizado con mayor profundidad las conexiones entre Unamuno y Nietzsche, sobre todo cuando el filósofo español alude «al eterno retorno de todas las cosas, lo cual no es más que un simulacro de eternidad» (MARIAS, 1968, 26).

sobre el otro, pues ambos sirven al mismo fin de explicar, mostrar y hacer ver que no hay un único modo de entender el mundo³.

3. LA CONTRAPOSICIÓN ENTRE RAZÓN Y VIDA

La razón enrigidece la vida y la mata. La pedagogía, identificada con la adquisición de ese modelo de racionalidad, es desdeñada por Unamuno, que considera que el aprendizaje no puede basarse en una simple colección de datos almacenados en la memoria, sino que ha de enseñar a sentir. Sobre esta cuestión, advierte: «Puede uno tener un gran talento [...] y ser un estúpido del sentimiento y hasta un imbécil moral» (Unamuno, 2005, 115). No basta con acumular conocimientos, sino que el pensamiento debe ocuparse primordialmente de la vida en su especificidad y tomar en consideración todas las dimensiones afectivas que han sido olvidadas por los discursos científicos y filosóficos tradicionales. «La razón es enemiga de la vida» (Marías, 1968, 14) porque «la inteligencia, al intentar pensar la vida, la mata y sólo conoce su cadáver inerte» (Marías, 1968, 15). La filosofía ha de versar sobre la vida y toda su obra puede entenderse como un intento de realizar ese propósito y llevar a cabo la «vitalización del pensar» (París, 1989, 34). La racionalidad convierte a los seres humanos en abstracciones y aborda la existencia como algo genérico, pues «para comprender algo hay que matarlo, enrigidecerlo en la mente» (Unamuno, 2005, 220). Sin embargo, la vida no se comprende bien desde esa perspectiva, y Unamuno concluye que «la ciencia no satisface nuestras necesidades afectivas y volitivas, nuestra hambre de inmortalidad, y lejos de satisfacerla, contradícela» (Unamuno, 2005, 238). Lo más esencial e inherente al ser humano y lo que le inquieta en un sentido más profundo es el deseo de perseverar en la existencia –en este punto es importante señalar su cercanía a Spinoza y Schopenhauer–⁴.

La conciencia de la propia finitud es lo que más aterriza al ser humano, y precisamente es el conocimiento racional el que nos hace percatarnos de esa caducidad, de esa temporalidad limitada que nos constituye –somos «seres para la muerte», como dirá Heidegger–. Este tema central en la obra unamuniana aparece ya planteado en *Amor y pedagogía* en boca del filósofo don Fulgencio: «No, no me resigno a morir, no me resigno... ¡y moriré!» (Unamuno, 1992, 143). La vida, cada vida concreta incardinada en cada hombre de carne y hueso, se rebela contra la finitud y busca la eternidad, aunque el propio Unamuno reconoce que «la fe en

3. Aunque esto debe ser afirmado con matices, pues es sabido que Platón consideraba que él, en tanto que filósofo, tenía acceso privilegiado a un ámbito de la realidad, el del mundo de las ideas, que no era accesible en igual medida para todos los seres humanos.

4. Julián Marías se ha referido a esa proximidad entre Spinoza y Unamuno, ya que el filósofo holandés consideraba que la esencia de las cosas consiste en su afán de perseverar en su ser indefinidamente. Esta noción, a la que Spinoza denominó «cupiditas», es a lo que Unamuno llama «pasión de vida» o «ansia de inmortalidad» (MARIAS, 1968, 89).

la inmortalidad es irracional» (Unamuno, 2005, 247), no obstante insiste en preguntarse: «¿Es acaso una necesidad metafísica la muerte?» (Unamuno, 1992, 144). La racionalidad apunta a que somos seres finitos y que moriremos, pero la conciencia individual, que es *percibida* como continuidad, se resiste a asumir la llegada de la muerte: «La vida que quiere vivir siempre no acepta fórmulas. Su única fórmula es o todo o nada» (Unamuno, 2005, 243). El ser humano busca la eternidad de varios modos, entre ellos el de la perduración a través de la fama, o la fe en la vida eterna que el cristianismo plantea. Unamuno se decanta más por esta segunda opción, aunque en toda su obra posterior se hace patente la contradicción entre fe y razón en la que él se debate, pues perdió en los libros «El mundo de la fe ingenua, de la comunión gozosa con la realidad» (París, 1989, 49) y en numerosos pasajes hace referencias nostálgicas a esa pérdida de la fe infantil.

Frente al camino de la racionalidad, que apunta inexorablemente hacia la muerte, se opta por la vida reafirmadora de sí, que persevera en la existencia y despliega el «ansia de ser» hasta sus últimas consecuencias. Esta concepción vitalista entronca con la filosofía nietzscheana, aunque la visión unamuniana está teñida por un trasfondo de angustia que no se percibe de modo tan claro en Nietzsche.

Unamuno parte de la distinción de Bergson entre inteligencia (identificada con el pensamiento conceptual y la razón) e instinto (que nos guía de forma ciega a través de la vida) y opta por la segunda opción, la del instinto, que le parece más valiosa⁵. Esta valoración se percibe en *Amor y pedagogía*, donde ridiculiza el saber erudito y el proyecto de «hacer un genio» a través de la pedagogía, y plantea que lo afectivo y lo instintivo siempre se imponen y desbordan todo intento de racionalidad. Siguiendo a Spinoza, que consideraba que «nadie ha determinado la naturaleza y la fuerza de los afectos, ni lo que puede el alma, por su parte, para moderarlos» (2007, 199), Unamuno promueve que el aprendizaje integral debe basarse en la experimentación de los afectos y la reflexión racional sobre ellos, de tal modo que el individuo llegue a entender por qué siente tristeza, alegría, miedo, deseo, y cómo puede modular todos esos sentimientos.

Todos estos planteamientos están presentes en *Amor y pedagogía*, como se desprende del análisis realizado aquí. Don Avito, el atribulado padre de Apolodoro, considera que el genio puede cultivarse: «Tómese un niño cualquiera, digo, tómese desde su estado embrionario, aplíquesele la pedagogía sociológica; y saldrá un genio» (Unamuno, 1992, 60). Don Avito sostiene que para desplegar completamente la genialidad es necesario desprenderse de todo componente

5. Bergson afirma que la vida se unifica principalmente a través de la memoria, que reviste cada momento de la existencia y le da distintos grados de intensidad que vienen marcados por la dimensión afectiva: «No hay percepción sin afectación» (BERGSON, 2012, 99) y todo lo que experimentamos y aprendemos tiene que ver con ese plano subjetivo que nos abre emotivamente hacia el mundo y hacia las cosas. Esta reivindicación bergsoniana de la afectividad como núcleo de la existencia está muy presente en el pensamiento de Unamuno.

afectivo: «Un sentimental no puede ser buen sociólogo» (Unamuno, 1992, 74), y «amor y pedagogía son incompatibles» (Unamuno, 1992, 80). Pero el propio Avito se da cuenta de que su proyecto no funciona bien, algo se le resiste: «No me va a resultar genio; he fiado con exceso en la pedagogía, he desdeñado la herencia y la herencia se venga» (Unamuno, 1992, 98). Avito se siente molesto ante la presencia de lo afectivo; le incomoda aceptar que su matrimonio con Marina ha sido por amor y también le molesta que Apolodoro se enamore de una chica. Intenta apartarlo de la joven pero don Fulgencio, su amigo filósofo –trasunto del propio Unamuno– recomienda a don Avito que deje al muchacho vivir esa experiencia y aprender de ella: «Déjele que adquiera la experiencia del amor [...] Necesita desengaños para aprender a conocer el mundo» (Unamuno, 1992, 136). El aprendizaje emocional requiere experimentación, y las decepciones y frustraciones que cada individuo atraviesa a lo largo de su vida proporcionan un conocimiento que no se puede adquirir de ninguna otra manera.

Apolodoro cuestiona el proyecto pedagógico de su padre y constata su inutilidad, ya que no le ha enseñado a superar los fracasos amorosos. El joven pregunta a su padre: «Bueno, pero la ciencia, ¿me enseña a ser querido?» (Unamuno, 1992, 150), y apunta así hacia la necesidad de reconocimiento y afecto que forma parte del desarrollo del individuo y que en el caso de Apolodoro ha sido desatendida, lo cual le hace sentirse desgraciado: «¿Y para qué quiero la ciencia si no me hace feliz?» (Unamuno, 1992, 147). Reniega de la ciencia y se aproxima al amor, reivindicando que las dimensiones afectivas protagonicen todo proyecto de aprendizaje: «¿Y por qué no hacer del amor mismo pedagogía, padre?» (Unamuno, 1992, 151). Esta frase resulta de gran interés porque da pie a conectar esta obra de Unamuno con una propuesta educativa integradora que incluya elementos de aprendizaje emocional, cruciales para que los alumnos y alumnas se conozcan mejor y logren gestionar adecuadamente su vida afectiva.

4. EL CONCEPTO DEL AMOR EN UNAMUNO

Frente a la angustia que la perspectiva de la muerte nos produce caben distintas respuestas, pero en todo caso cada persona ha de vérselas con su propia muerte y resolver individualmente los interrogantes que le plantea. «Cada hombre tiene que enfrentarse a solas con la muerte» (Marías, 1968, 190)⁶. Una de las opciones para superar ese temor es intentar alcanzar la fama, que Unamuno describe como un intento de que nuestro nombre perdure a través del tiempo una vez que hayamos muerto: «Cuando las dudas nos invaden y nublan la fe en la inmortalidad del

6. Desde esta perspectiva puede señalarse también la conexión de Unamuno con los planteamientos posteriores de Heidegger, quien como es sabido define al ser humano como «ser para la muerte». En ambos autores la cuestión de la finitud es central para la ontología.

alma, cobran brío y doloroso empuje el ansia de perpetuar el nombre y la fama, de alcanzar una sombra de inmortalidad siquiera» (Unamuno, 2005, 164). Algo similar dice don Fulgencio, el filósofo de *Amor y pedagogía*: «Y como no creemos en la inmortalidad del alma, soñamos en dejar un nombre, en que de nosotros se hable, en vivir en las memorias ajenas» (Unamuno, 1992, 143). La fama nos hace ser recordados después de que hayamos muerto, y desde esa perspectiva permite expandir los límites de la propia vida.

Pero a Unamuno no le satisface esta respuesta y opta por lo afectivo, reivindica la función del amor y la compasión como lenitivos que ayudan a sobrellevar el dolor que la perspectiva de la finitud nos produce. «El amor precede al conocimiento, y éste mata aquél» (Unamuno, 2001, 39). El amor se aleja de la razón y se acerca a la vida en toda su intensidad y dramatismo, pues «lo que perpetúan los amantes sobre la tierra es la carne del dolor, es el dolor, es la muerte» (Unamuno, 2005, 275). El amor más intenso es el que surge de compartir el dolor, se llega a amar verdaderamente a otra persona cuando se pone en juego esa empatía que permite ver al otro como alguien que es semejante a mí, que sufre igual que yo. El enfoque de Unamuno se abre así a un pensamiento de la alteridad que anticipa algunas de las tesis que desarrollará Levinas⁷. «El alma es un manantial que solo se revela en lágrimas» (Unamuno, 2001, 89) y el dolor es el punto desde el que se despliega todo nuestro universo afectivo, incluido el amor, ya que «Cuando oigo el grito de las entrañas del prójimo, éste se hace real comunicando con mi íntimo dolor» (París, 1989, 179). Esa ligazón entre almas se produce a un nivel tan profundo que «El que de verdad ama se siente unido a la persona amada por un vínculo necesario, independiente de la voluntad y de los sentimientos» (Marías, 1968, 50). En definitiva, el amor se identifica con la compasión, hasta el extremo de que «Quien más compadece más ama» (Unamuno, 2005, 278). Este concepto de amor entronca con la noción griega de *ágape*, amor como caridad, «un amor liberado del ego: un amor sin egoísmo, sin posesión, sin pertenencia, sin orilla [...]. Es por esta vía donde la caridad tiende a lo universal» (Comte-Sponville, 2012, 94). Unamuno afirma que el ámbito privilegiado donde surge y se despliega esta forma de amor entendida como caridad y compasión es en la pareja, puesto que «El amor sexual es el tipo generador de todo otro amor» (Unamuno, 2005, 273). Además, plantea que las mujeres tienen mayor capacidad de prodigar ese tipo de amor: «El amor de la mujer es, según Unamuno, esencialmente compasivo» (París, 1989, 182) y las mujeres tienen la capacidad de redimir a los hombres mediante él. Angelita, narradora de *San Manuel Bueno, mártir*, es uno de los personajes unamunianos que reflejan con más claridad esta idea: «Empezaba yo a sentir una especie de afecto

7. Recuérdese que Levinas plantea una formulación de la alteridad como un encuentro con lo radicalmente Otro, inasequible a todas las categorías de unidad e identidad que intentan neutralizarla. Para explicar esta noción de alteridad recurre a la idea de infinito, que en cierto modo conecta con la idea unamuniana del ansia de eternidad. Sobre estas cuestiones, ver FERNÁNDEZ GUERRERO, 2012.

maternal hacia mi padre espiritual; quería aliviarle del peso de su cruz de nacimiento» (Unamuno, 1987, 76).

Esta consideración sobre el amor femenino aparece también en otras obras, como *La tía Tula*, y también, por supuesto, en *Amor y pedagogía*; en uno de sus pasajes el personaje de Apolodoro, atormentado por el desamor, exclama: «¡Adiós, Clara, mi Clara, mi oscura, mi dulce desencanto! ¡Pudiste redimir de la pedagogía a un hombre!» (Unamuno, 1992, 156). El amor se contrapone a la racionalidad y la pedagogía, nos inicia a la compasión y a lo incondicionado, y es por ello que Unamuno le atribuye un papel redentor. Pero además, y esto es de gran relevancia, el amor abre el camino hacia un nuevo modo de conocimiento del mundo que ya no se basa en la pedagogía sino en los afectos: «Para amarlo todo, para compadecerlo todo, humano y extrahumano, viviente y no viviente, es menester que sientas todo dentro de ti mismo, que lo personalices todo» (Unamuno, 2005, 281)⁸. Se establece por tanto un nuevo vínculo gnoseológico-afectivo con el mundo que nos rodea, que ya no arraiga en la razón que disecciona y disecciona todo lo viviente sino que nace de la percepción de esa integración afectiva de cada individuo en su entorno. En este punto es interesante señalar la cercanía de Unamuno al pensamiento ecológico, que insiste en esa conexión del ser humano con su entorno natural y en la ampliación de la esfera de la ética para dar cabida en ella a todas las especies, a todos los ecosistemas y, en definitiva, a todos los elementos que conforman el medio ambiente y que son necesarios para sostener la vida.

5. EL CONCEPTO DE EDUCACIÓN EN *AMOR Y PEDAGOGÍA*

En esta obra de Unamuno, como afirma Riera, «se nos mostrará el inmenso fracaso de la pedagogía mal entendida» (Riera, 2010, 32), pero no se trata de una negación total de la educación sino de aquella que es reducida al cientifismo. En el inicio encontramos una primera contradicción sobre el papel que debe tener la ciencia en la formación de las personas, pues el protagonista, Avito Carrascal, se inclina de forma explícita por esta: «Solo la ciencia es maestra de la vida» (Unamuno, 1992, 59), si bien en el mismo momento en que se formula esta afirmación se percibe un atisbo de duda, pues se cuestiona: «¿No es la vida la maestra de la ciencia?» (Unamuno, 1992, 59). Estas dos caras de una misma moneda se hallan de forma reiterada en esta narración.

8. Hay en estas afirmaciones una cierta dosis de *amor fati*, ese amor al destino que nos hace querer todo lo que hemos sido, todo lo que nos ha traído hasta el momento actual. En toda la obra de Unamuno es omnipresente esa dimensión de amor a uno mismo y a todo lo que uno ha hecho, a todo lo que uno es. De hecho, el prólogo a la segunda edición de *Amor y pedagogía* lo inicia Unamuno con una cita de Píndaro, el poeta griego: «¡Hazte el que eres!».

A lo largo de *Amor y pedagogía* se observan muchas referencias a la concepción educativa de su autor, en aparente contradicción, que remiten a la etimología del término educación, cuya procedencia latina se atribuye a dos verbos:

- a) *Educare* o *educare-are*, que significa criar o alimentar. Este sentido se refiere a lo que el sujeto es capaz de captar del entorno y a través de las relaciones que establece con él, en las que se prima la adaptación y reproducción como mecanismo de supervivencia, no solo física sino también cultural. Esta acepción supone una postura más realista y empírica, y la necesidad de un educador, porque se trata de «Ayudar a madurar al inmaduro, perfeccionar al imperfecto, moralizar al que no tiene aún estructurado su propio mundo de los valores, etc.» (Colom y Núñez, 2001, 17).
- b) *Educere* o *educere-ere*: conducir fuera de, extraer de dentro hacia afuera. Desde esta perspectiva la persona tiene herramientas suficientes para desarrollarse como ser único e individual y no se entiende la educación como reproducción social. La postura que adopta este significado es más idealista, pues presupone una capacidad para educarse en el interior del propio educando. Desde este punto de vista, la educación es «Una actividad que consiste en extraer del sujeto todas sus capacidades de maduración, de perfeccionamiento o de moralidad» (Colom y Núñez, 2001, 17)⁹.

La dicotomía del concepto de educación derivada de los verbos y sus respectivos significados está presente en varios pasajes de la novela de Unamuno. A continuación se irán analizando algunas de estas posiciones encontradas, aglutinadas en torno a las siguientes variables:

- En cuanto a la perspectiva de educación elegida, y siguiendo la etimología de la palabra, encontramos:
 - a) El sentido de *educare*, porque desde la gestación se incita a la madre a que se alimente con mucho fósforo, para que el niño tenga una buena materia con la que configurarse. Parece importarle poco a Avito Carrascal –padre y después abuelo– lo que determinan los genes, aunque luego se ve que no es así, y en otros pasajes posteriores encontramos reiteradamente el concepto de *educere*, cuando don Avito piensa en el determinismo que la materia, transmitida por la madre, ha imprimido en el educando, su hijo. Además se ofrece una concepción de la educación como adaptación al medio.
 - b) El sentido de *educere*, que se hace patente en la idea de que las cualidades de la madre –Marina del Valle– van a transmitir al niño

9. Esta segunda acepción de la educación está en consonancia con el método mayéutico aplicado por Sócrates y sus discípulos, y que buscaba «ayudar a dar a luz» a las ideas que ya estaban presentes en el interior de los educandos.

también una forma de ser y aprender, etcétera. Así, la pedagogía es vista como herencia o tradición (Unamuno, 1992, 98).

- En el método de enseñanza:
 - a) A través de la experiencia, la observación y la educación natural, en el sentido que le da Rousseau (1985), permitiendo que el niño vaya captando su entorno de la forma que quiera y permita su propia evolución. Educación basada en la libertad, encarnada por don Fulgencio, el filósofo, que recomienda la historia por encima de las matemáticas, la reflexión y crítica, es decir, el beneficio de las ideas sobre los hechos y datos que recogen los libros (Unamuno, 1992, 112). Se muestra reacio a la enseñanza basada solo en lo científico (Unamuno, 1992, 115).
 - b) Enseñanza basada en las leyes, es decir, en la ciencia. Es el modelo que intenta desarrollar el padre cuando quiere enseñar a su hijo conocimientos de lengua, pero descubre que no es fácil ceñirse a las leyes cuando son muchas las excepciones. Es un aprendizaje apoyado en la razón, en lo que se puede demostrar, en el aprendizaje científico que incluye visitas a los museos.
 - c) Utilizando la repetición o imitación de lo que hacen los mayores, es el método que emplea la madre de Apolodoro, que estimula el aprendizaje de palabras y recompensa los avances con refuerzos afectivos (Unamuno, 1992, 93), tal y como haría una buena conductista. Es una educación dirigida y dogmática, cercana a la enseñanza tradicional, ya que además incluye contenidos indemostrables como son los religiosos.
- En la diferencia entre la formación de hombres y mujeres:

En principio y en opinión del protagonista, no se puede educar a las mujeres: «¿Educarla? ¡Imposible! Toda mujer es ineducable; la propia más que la ajena» (Unamuno, 1992, 71). En este punto, las consideraciones de don Avito se acercan a las de Kant, que argumentaba que «el estudio trabajoso y la reflexión penosa, aunque una mujer fuese lejos en ello, borran los méritos particulares de su sexo» (Kant, 1973, 148), y defendía que la educación femenina debía limitarse a las tareas tradicionalmente asignadas a la mujer, asociadas a su rol de esposa y madre.

En su percepción dual del mundo, don Avito otorga características diferentes a hombres y mujeres: ellos encarnan la razón, la reflexión y el progreso, mientras que ellas representan la naturaleza, el instinto y la tradición (Unamuno, 1992, 109-110). Se justifica así que la mujer ha de ser educada de forma distinta, al igual que relata Rousseau para Sofía en su novela pedagógica *Emilio* (Rousseau, 1985). Está destinada a dar vida, por lo que se recomienda la educación física para hacerla fuerte y capaz de concebir hijos sanos.

Coincidimos con las consideraciones que expone Ana Caballé en su introducción a *Amor y pedagogía* en la edición de Espasa Calpe de 1992, cuando afirma que «Al moldearse la novela en clave satírica y grotesca, estas ideas quedan, en cierto modo, en entredicho» (Caballé, 1992, 25). Se advierten expresiones machistas, de desprestigio del universo femenino, pero al tiempo esas mujeres presentadas como incultas, dormidas y vulgares no lo son tanto, pues acaban saliéndose con la suya y manejando a sus maridos.

- En los nombres elegidos para el hijo:
 - a) Apolodoro, nombre oficial que le da el padre, vinculado al significado y función que don Avito atribuye al niño: ser un genio, ser el triunfo de la ciencia tomada como pedagogía. Es además un nombre griego, la lengua utilizada para la nomenclatura científica, lo cual refuerza este simbolismo. Pero además Apolo es el dios Sol, alude a la luz y al origen de la vida en un sentido mitológico, y esto hace que aflore en el nombre el personaje una dimensión religiosa que a don Avito le genera una nueva controversia, ya que percibe que lo divino, que quería erradicar por completo, vuelve a hacérsele presente a través del nombre que ha elegido para su hijo (Jiménez Moreno, 2000).
 - b) Luis, denominación que le otorga la madre, eligiendo el nombre de su propio padre, y cargado de un simbolismo afectivo más que científico. Es un apelativo que utiliza únicamente ella en la intimidad con el niño o en los momentos más dramáticos de la novela, donde las emociones dominan y sobrepasan a la razón.

Otro aspecto importante del pensamiento unamuniano sobre la pedagogía, coincidente con las ideas psicopedagógicas actuales, que inició Rousseau (1985) y desarrolló Piaget (1982), es la concepción de la educación como proceso sujeto a una serie de etapas evolutivas por las que todo ser humano ha de transitar. En este sentido, don Avito considera que la educación empieza con la concepción del ser humano (Unamuno, 1992, 74), antes incluso del nacimiento, por lo que diseña para la futura madre, Marina, una intensa vida cultural con contenidos diversos: ciencia –leyendo la biografía de Newton– y arte –visitando museos o yendo a la ópera–. Se observa aquí otra vez la influencia del ambiente en la educación, y una contradicción entre lo que el padre considera un ambiente rico y estimulante, vinculado a la ciencia y el arte, y lo que la madre desearía, la religión, es decir, la creencia irracional. Ese descrédito religioso está en estrecha conexión con la vida del propio Unamuno, que en 1897 sufrió una profunda crisis espiritual (Caballé, 1992, 12).

6. LA EMOCIÓN Y LA EDUCACIÓN EMOCIONAL

La palabra «amor», presente a lo largo de la novela, es una emoción positiva que todas las personas de una u otra manera experimentan a lo largo de su vida, al igual que los personajes de esta historia. No se trata aquí en profundidad esta emoción, tan solo se introduce por su relación con el proceso de enseñanza-aprendizaje. Antes de centrarnos en aspectos más pedagógicos, consideramos apropiado matizar los dos métodos que para alcanzar el matrimonio nos explica este relato, pues son dicotómicos también y de una forma indirecta repercuten en la educación de los hijos e hijas nacidos de esa unión:

- a) Deductivo: el matrimonio que parte del hombre que, consciente de la necesidad de emparejarse, antepone la razón a la hora de seleccionar a la persona adecuada para este fin.
- b) Inductivo: será la unión realizada por y con pasión, aquella que se deja llevar por lo irracional e ilógico.

Don Avito cree que es más conveniente el matrimonio deductivo, por ser el más razonable. Sin embargo en la novela, como muchas veces en la vida de las personas, se deja llevar por el enamoramiento o pasión, obviando sus teorías perfectas y abandonándose así a la inducción o intuición. De esta forma se casa con Marina y por la Iglesia, aun siendo no creyente, ¿por pusilanimidad o quizás por enamoramiento? Ese dejarse arrastrar por la emoción irracional y desbocada del amor se aprecia también en el sentimiento de Apolodoro hacia Clarita.

Hacia el final del relato, el hijo reprocha al padre la educación científica recibida, que no le ha enseñado una de las emociones esenciales para la vida, el amor:

–Bueno, pero la ciencia ¿me enseña a ser querido?

–Enseña a querer.

–No es eso lo que importa.

–¡El amor!, ¡herencia fatal!... (Unamuno, 1992, 150-151).

Hace referencia explícita a Pestalozzi, pedagogo que practicó las ideas pedagógicas de Rousseau, alejándose de la enseñanza verbalista tradicional y apoyándose en la experimentación y la ciencia, pero incluyendo al mismo tiempo lo afectivo. Cree que la formación comienza en la familia, ya que «la educación de los sentimientos debe preceder a la educación intelectual, porque el hombre, antes que pensar, ama» (Pozo, 2009). Esta defensa de la educación de la sensibilidad enlaza con las teorías de Friedrich Schiller, que en sus *Cartas sobre la educación estética del hombre* reivindicaba el papel de la formación artística como modo de hacer sensible lo inteligible y abrir así el camino para la educación integral de los nuevos ciudadanos (Schiller, 1990).

En un fragmento de la novela de Unamuno, Apolodoro equipara el amor con la pedagogía, términos en apariencia antagónicos en esta obra: «Tú, tú eres la

verdadera Pedagogía, mi pedagogía viva, mi pedagogía» (Unamuno, 1992, 132), personalizándolo en su amada Clarita.

La manifestación antes referida, «amor y pedagogía son incompatibles» (Unamuno, 1992, 80), comparable a otra posterior: «Amor y razón se excluyen» (Unamuno, 1992, 98), hecha hacia la mitad del relato, o a «El amor es anti-pedagógico, anti-sociológico, anti-científico, anti...-todo» (Unamuno, 1992, 148), hacia el final de la novela, parecen afirmar esas contradicciones, mostrando a la persona conformada por una parte racional y otra intuitiva, irreconciliables entre sí. Si desde la educación formal se atiende solo al ámbito cognitivo y procedimental, pues se asume que la familia se encarga de la educación afectiva, se estará dando una formación como la de esta novela, en la que el educador no es capaz de reconciliar aspectos cognitivos (saber), procedimentales (saber hacer) y actitudinales (ser o querer), es decir, no ofrece una educación integral de la persona.

En los últimos años del siglo XX y principios del XXI, la educación emocional (Goleman, 1997; Bisquerra, 2008) está siendo considerada como un pilar fundamental para alcanzar aprendizajes válidos para la vida y para el conjunto del ser humano. En nuestro país, este tipo de aprendizaje dentro del sistema de educación formal se reconoce por primera vez en la LOGSE¹⁰.

Para Bisquerra «la educación emocional es un proceso educativo, continuo y permanente, que pretende potenciar el desarrollo de las competencias emocionales como elemento esencial del desarrollo integral de la persona, con objeto de capacitarle para la vida. Todo ello tiene como finalidad aumentar el bienestar personal y social» (Bisquerra, 2008, 165).

De educación afectiva y emocional, así como de las competencias que la componen, encontramos distintos modelos en la novela:

- a) La madre, que se manifiesta a través de palabras, abrazos y expresión de emociones como el llanto (Unamuno, 1992, 74). Ella encarna el sentimiento o el amor en esta novela, tanto hacia su hijo como hacia su hija. Es la encargada de enseñar el amor y la sensatez (Cifo, 2003, 337).
- b) El padre, con su contención de las emociones y su constante rumiar de pensamientos presentes con frecuencia en su mente, cuestionando cada uno de sus actos, es quien encarna la razón. Al tiempo que don Avito intenta representar el papel de razonable razonador, cae en la contradicción en varios pasajes –enamórandose de la mujer menos adecuada, casándose por la Iglesia, consintiendo que bauticen al hijo, etcétera–. Se muestra muy duro y frío en la expresión de sentimientos afectivos hacia su hijo, mientras que colma de besos a su niña. Este personaje representa al educador que sobrevalora la ciencia sobre el resto de conocimientos,

10. Ley Orgánica 1/1990, de 3 de octubre de 1990, de Ordenación General del Sistema Educativo. BOE 238, de 4 de octubre de 1990, 28927-28942.

denostando el empleo de la afectividad en la enseñanza y, sobre todo, obviando otro tipo de aprendizajes más útiles quizás para la vida.

- c) El filósofo, que aconseja al padre que lo lleve a la escuela y que el hijo tenga relación, a través del juego, con otros niños para que se eduque socialmente o, como diríamos ahora, se socialice e integre la competencia social. Aconseja también la educación escolar, porque considera que amor y pedagogía no pueden ir de la mano, «nadie puede ser maestro de sus hijos» (Unamuno, 1992, 98), y porque la escuela es un espacio de socialización. Esta escuela tan mal vista por Avito y por el propio Unamuno, pues como dice en el segundo prólogo de esta obra, escrito durante la II República, Avito «quiso de su hijo, mediante la pedagogía, hacer un genio, y nosotros queremos hacer, mediante la demagogía... unos ciudadanos» (Unamuno, 1992, 54). Se desprende de estas palabras que no le parecía adecuada la formación que se daba en las instituciones de este periodo. Quizás, como recoge Ladrón de Guevara (2001, 408), la escuela debería ser la vida misma, la sociedad.

Pero sobre todo don Fulgencio hace hincapié en el contenido de enseñanza que se refiere al *aprender a ser* del que décadas después nos hablará Delors (1996). Esta enseñanza está recogida en el consejo que da al joven Apolodoro: «Sé tú mismo, único e insustituible» (Unamuno, 1992, 114). Y que continúa explicitando los tipos de hombre que hay, entre los que le recomienda ser de aquellos «que obran y piensan a la vez, pensando lo que hacen a la vez misma que hacen lo que piensan» (Unamuno, 1992, 115). Este personaje aúna «el extremismo científico-pedagógico de Avito y la dejadez amorosa de Marina» (Cifo, 2003, 339).

- d) El artista y profesor de dibujo, don Epifanio, que recomienda a Apolodoro que disfrute de la vida, que viva (Unamuno, 1992, 122). Entronca esta enseñanza con otra de las competencias emocionales, que son las habilidades de vida y bienestar.
- e) El poeta, que ofrece al joven otro modelo educativo basado en el arte, la intuición y la forma estética, más que en la razón (Unamuno, 1992, 137-138). Si bien esta capacitación es solo formal y está vacía de contenido, siendo este educador un ejemplo negativo de lo que debe ser la educación y, como se ve en el epílogo, este personaje acaba tan mal como Apolodoro.

«Los padres enseñan tanto con lo que expresan como con lo que callan, son un modelo a seguir por el niño pequeño, que hasta que no crece no es capaz de cuestionar los procesos de aprendizaje a los que ha sido sometido. En este caso la madre trata de evitar el llanto del niño proporcionándole el alimento de su pecho» (Unamuno, 1992, 81), para consolarle y calmarle, mientras que el padre reclama que se le deje llorar. Ambas maneras tienden al logro de una de las competencias emocionales que consiste en la «Capacidad para manejar las emociones de forma adecuada» (Valdemoros y Goicoechea, 2012, 70). «Este aprendizaje que todos los

jóvenes tienen que hacer cuando se enamoran, sobre todo por primera vez, para ser capaces de controlarse y no desbocarse como le sucede a Apolodoro» (Unamuno, 1992, 123).

Otra competencia que aparece como necesaria en la novela es el desarrollo de las habilidades socioemocionales. En un momento dado, Apolodoro dice: «No sé cómo decirle eso, papá... Es que no sé cómo querer» (Unamuno, 1992, 105). En realidad lo que está diciendo es que no sabe cómo expresar ese sentimiento, que tampoco manifiesta de forma clara. En este caso Avito se rinde ante la dificultad de la educación emocional: «¡Oh, la pedagogía no es tan fácil como creen muchos!» (Unamuno, 1992, 105). No nos enseñan a expresar los sentimientos amorosos, son *percibidos* como cursis y por ello, como le ocurre a Apolodoro, los relegamos al mañana.

Otra expresión emocional que aparece en la novela y en muchos jóvenes es la vergüenza (Unamuno, 1992, 112). Cuando el niño conoce a su nuevo instructor, don Fulgencio, no sabe qué decir, se queda sin palabras, como les ocurre a muchos jóvenes ante situaciones nuevas o inesperadas.

Las finalidades de la educación emocional son la prevención de los efectos nocivos de las emociones negativas –ira, violencia, miedo, tristeza...– y el desarrollo de emociones positivas –alegría, amor, felicidad, amistad...– (Bisquerra, 2008). Don Fulgencio aconseja al padre seguir la pedagogía del ensayo y error para el aprendizaje de las emociones (Unamuno, 1992, 136). Aunque esta técnica no es la única ni posiblemente la más adecuada, pues si Apolodoro hubiera *recibido* otra educación emocional por parte de su familia y de sus maestros, quizás hubiera sido capaz de gestionar de otra forma su depresión y evitado el suicidio.

7. A MODO DE CONCLUSIÓN: REFLEXIONES EN CLAVE PEDAGÓGICA

Las contradicciones que aparecen en esta obra son un recurso literario y filosófico, en el sentido de que su pretensión es hacer reflexionar al lector y ridiculizar la enseñanza tradicional meramente memorística y basada en la repetición. Una de las lecciones que se puede extraer de este relato es la propuesta de una enseñanza alternativa, centrada en la experiencia y en la razón, pero incorporando el componente afectivo para que se produzca el aprendizaje.

Encontramos referencias a Rousseau similares a las que hace Ladrón de Guevara (2001). Asimismo, hallamos conexiones con las teorías de la pedagogía de Pestalozzi. Ambos, junto con otros pedagogos y movimientos educativos, han sido propulsores de pedagogías alternativas a la tradicional y que creemos que eran más del gusto de Unamuno. Sin embargo, llama la atención la crítica que hizo en vida al sistema educativo español de la II República, que puso en práctica algunas de las ideas de la Institución Libre de Enseñanza. Quizás desde su puesto de rector de la Universidad de Salamanca no era fácil aplicar estas propuestas pedagógicas.

Situando la novela en la actualidad y con la pretensión de evitar que jóvenes y adolescentes sean analfabetos emocionales (Bisquerra, 2008), las instituciones familiar, escolar y social deberán unir su energía para conseguir la «alfabetización emocional» (Goleman, 1997, 404). Para este fin existen muchos programas didácticos en el mundo, pero la novela *Amor y pedagogía* permite un trabajo globalizado en torno al tema de las emociones, abordándolo como eje transversal desde materias como literatura, filosofía, ética y educación para la ciudadanía.

A partir de la lectura de esta novela de Unamuno se pueden desarrollar aspectos concernientes a la educación individual, y también aspectos sociales como la formación del ciudadano, haciendo hincapié en la educación emocional y afectiva, a través de la clarificación de sentimientos positivos como el amor –incidiendo en el enamoramiento, que algunos y algunas estudiantes de Secundaria empezarán a experimentar– y el control y transformación de emociones negativas como la tristeza, que llevada al extremo causa depresión –sin olvidar el tema del suicidio, presente también en la mente de algunos adolescentes–.

Ofrece esta obra más posibilidades para pensar sobre el aprendizaje referido a cuestiones emocionales, pero quizás lo más interesante es tomar conciencia de los sentimientos que cada cual experimenta, expresarlos y hacerlos públicos, para ello en la clase tiene que existir un buen clima de confianza. En la Educación Secundaria Obligatoria, etapa que coincide con la adolescencia, es necesario reflexionar sobre la pérdida de control –sentirse dominados por las emociones– y, a través de los modelos positivos en la expresión de las emociones, transformar la ira, por ejemplo, en un sentimiento más llevadero, sufrir menos y resolver ese cambiante estado emocional, tan frecuente en la adolescencia.

Se puede y se debe educar con amor. La educación desligada de la emoción, la formación científica o técnica desprovista de una emoción por parte de quien la enseña y quien la aprende estará vacía, será repetitiva, memorística y pasiva, y no podrá ser denominada verdadera educación o formación integral de la persona.

En sintonía con Ana Caballé, no creemos

Que Unamuno estuviera interesado en considerar la superioridad del hombre sobre la mujer, de la ignorancia sobre la educación, de la naturaleza sobre la ciencia, del amor, en fin sobre la inteligencia. Sí parece que lo estaba en atenuar los valores de la ciencia en general, de la pedagogía en particular... (Caballé, 1992, 35).

En resumen, puede concluirse que en *Amor y pedagogía* Unamuno reivindica el papel del amor y de los afectos como guía valiosa para desenvolverse en la existencia, e insiste en la importancia de que el amor se convierta en pedagogía, es decir, que la gestión de las emociones forme parte del proceso de aprendizaje de los individuos, pues es el único modo de que puedan llegar a entenderse a sí mismos y a quienes les rodean, y les proporciona herramientas primordiales para la búsqueda de su felicidad. El libro se cierra con una frase que es toda una declaración de intenciones: «Ahoguemnos en amor, en caridad, la pedagogía» (Unamuno, 1992, 203).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BERGSON, H. (2012) *Matière et mémoire. Essai sur la relation du corps à l'esprit*. París, Flammarion.
- BISQUERRA, R. (2008) *Educación para la ciudadanía y la convivencia. El enfoque de la educación emocional*. Madrid, Wolters Kluwer.
- CABALLÉ, A. (1992) Introducción, en UNAMUNO, M. de *Amor y pedagogía*. Madrid, Espasa Calpe.
- CARDWELL, R. A. (2000) Miguel/Mijail: la (dia) lógica de *Amor y pedagogía*, en FLÓREZ, C. (coord.) *Tu mano es mi destino*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 47-58.
- CEREZO GALÁN, P. (2004) Los maestros de María Zambrano: Unamuno, Ortega y Zubiri, en VV. AA. *María Zambrano 1904-1991. De la razón cívica a la razón poética*. Madrid, Residencia de Estudiantes y Fundación María Zambrano, 189-208.
- CIFO, M. (2003) Amor y pedagogía o el problema de la educación visto por Miguel de Unamuno, en CHAGUACERA, A. (ed.) *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su obra. Actas de las V Jornadas Unamunianas, vol. II*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 329-347.
- COLOM, A. J. y NÚÑEZ, L. (coords.) (2001) *Teoría de la Educación*. Madrid, Síntesis.
- COMTE-SPONVILLE, A. (2012) *Ni el sexo ni la muerte. Tres ensayos sobre el amor y la sexualidad*. Barcelona, Paidós.
- DELORS, J. (1996) *La educación encierra un tesoro*. Madrid, Santillana-UNESCO.
- FERNÁNDEZ GUERRERO, O. (2012) Sobre la alteridad y la diferencia sexual. *Logos. Anales del Seminario de Metafísica*, 45, 293-317.
- FERRATER MORA, J. (1985) *Unamuno: bosquejo de una filosofía*. Madrid, Alianza.
- GOLEMAN, D. (1997) *Inteligencia emocional*. Barcelona, Kairós.
- JIMÉNEZ MORENO, L. (2000) Unamuno sobre el hombre. Naturaleza y cultura. Vida trágica. En la educación. *Revista de Educación*, 322, 247-254.
- KANT, I. (1973) *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*. México, Porrúa.
- LADRÓN DE GUEVARA, E. (2001) El pensamiento pedagógico de Miguel de Unamuno. *Revista Española de Pedagogía*, 220, año LIX, 403-420.
- LEY ORGÁNICA 1/1990, de 3 de octubre de 1990, de Ordenación General del Sistema Educativo. *BOE* 238, de 4 de octubre de 1990, 28927-28942.
- MARÍAS, J. (1968) *Miguel de Unamuno*. Barcelona, Gustavo Gili.
- NIETZSCHE, F. (1993) *Más allá del bien y del mal*. Madrid, M. E. Editores.
- PARÍS, C. (1989) *Unamuno: estructura de su mundo intelectual*. Barcelona, Anthropos.
- PIAGET, J. (1982) *El nacimiento de la inteligencia*. Madrid, Aguilar.
- POZO, M.^a M. (ed.) (2009) *Teorías e instituciones contemporáneas de la educación*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- RIERA, A. (2010) Mímesis y realidad en *Amor y pedagogía* de Unamuno. *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, 45, 30-37.
- ROUSSEAU, J. J. (1985) *Emilio o de la educación*. Madrid, Edaf.
- SCHILLER, F. (1990) *Kallias. Cartas sobre la educación estética del hombre*. Barcelona, Anthropos.
- SPINOZA, B. (2007) *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid, Tecnos.
- UNAMUNO, M. de (1987) *San Manuel Bueno, mártir*. Madrid, Castalia.
- UNAMUNO, M. de (1992) *Amor y pedagogía*. Madrid, Espasa-Calpe.
- UNAMUNO, M. de (2001) *Niebla*. Madrid, Bibliotex.
- UNAMUNO, M. de (2005) *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. Madrid, Tecnos.
- VALDEMOROS, M. A. y GOICOECHEA, M. A. (coords.) (2012) *Educación para la convivencia. Propuestas didácticas para la promoción de valores*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- VILLAR, A. (2007) Muerte y pervivencia en Unamuno. *Contrastes*, XII, 239-250.